

Javier Jara Herrero

LAS GUERRAS MÉDICAS

Grecia frente a la invasión persa

la esfera  de los libros

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i>	13
1. EL IMPERIO PERSA: LA FORMACIÓN DE UN DOMINIO UNIVERSAL	17
2. ATENAS: EL DIFÍCIL CAMINO HACIA LA DEMOCRACIA	43
3. ESPARTA	71
4. LA SUBLEVACIÓN DE JONIA	99
5. LA PRIMERA GUERRA MÉDICA Y LA BATALLA DE MARATÓN (492-490 A. C.)	125
6. EVOLUCIÓN Y POLÍTICA GRECO-PERSA EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS (490-481 A. C.)	151
7. LA SEGUNDA GUERRA MÉDICA (I). GRECIA EN LLAMAS: LA OFENSIVA PERSA	183
8. LA SEGUNDA GUERRA MÉDICA (II). TRAS LA ESTELA DE LEÓNIDAS	211
9. LA SEGUNDA GUERRA MÉDICA (III). EL TRIUNFO DE LA «CAUSA» GRIEGA	239
10. EL PAPEL DE LA RELIGIÓN EN EL CONFLICTO: EL CASO DEL SANTUARIO DE DELFOS	269
11. DE LA GLORIA A LA INFAMIA. LA CAÍDA EN DESGRACIA DE PAUSANIAS Y TEMÍSTOCLES	293
12. DESARROLLO MILITAR, EQUIPAMIENTO Y TÁCTICAS DE LOS CONTENDIENTES	317

13. LA CULTURA GRIEGA EN EL CONTEXTO DE LA GUERRA	343
14. LAS GUERRAS MÉDICAS EN LA CULTURA POPULAR CONTEMPORÁNEA	365
15. EPÍLOGO. EL MUNDO GRIEGO TRAS LAS GUERRAS MÉDICAS	381
<i>Cronología</i>	399
<i>Abreviaturas</i>	403
<i>Bibliografía</i>	407
<i>Notas</i>	417

Prólogo

«**L**os griegos, por una mujer lacedemonia, reunieron una poderosa flota, pasaron, acto seguido, a Asia y destruyeron el poderío de Príamo. A raíz de entonces, siempre han creído que el pueblo griego era su enemigo; pues los persas reivindicaban como algo propio Asia y los pueblos bárbaros que la habitan, y consideran que Europa y el mundo griego es algo aparte. Así es como dicen los persas que sucedieron las cosas, y en la toma de Troya encuentran el origen de su vigente enemistad con los griegos».¹

Este fragmento, uno de los primeros que componen las valiosas y extensas *Historias* de Heródoto, acredita la pervivencia de los versos de Homero en un mundo helénico que acababa de dar el salto a la Época Clásica. Sobre la figura del aedo que narró las míticas leyendas no hay nada confirmado, de manera que su naturaleza, su periodo de actividad, su misma existencia y la autoría de las obras relacionadas con la presunta guerra entre aqueos y troyanos están actualmente en entredicho. Sin embargo, el relato épico que se le atribuye y su inclusión en crónicas más tardías ponen de manifiesto, por una parte, los siglos de oscuridad, estancamiento e involución que siguieron al colapso de la civilización micénica, y, más importante, el interés del individuo griego clásico —aquel perteneciente al orden que salió victorioso ante la irrupción de lo que consideraban «bárbaros»— por conocer la trayectoria histórica que moldeó su entorno, esto es, el devenir de los acontecimientos que desembocaron en el acervo cultural del que disfrutaba y que compartía, a partir de un origen que, en tanto que desconocido, hubo de ser imaginado.

No es de extrañar que las fuentes literarias inmediatamente posteriores a las Guerras Médicas aludan a las epopeyas más arcaicas de la

cultura griega, a fin de cuentas, fue la primera vez —desde la guerra de Troya, si por algún motivo consideramos verídicos los hechos presentes en la *Iliada* y en la *Odisea*— que varios pueblos de la Hélade aparcaron sus diferencias políticas y étnicas para, unidos, hacer frente a una potencia extranjera; un poder que, además, controlaba el territorio consuetudinariamente adjudicado a la antigua Ilión. Bien es cierto que una parte importante de los estados griegos, especialmente los situados al norte del istmo de Corinto, mantuvieron una postura diplomática afín a los intereses persas; pero la difícil victoria final de la «causa» helénica estuvo vertebrada por una tímida, aunque generalizada, conciencia de identificación con un patrimonio inmaterial uniforme del que todas las *póleis*, como depositarias de tal legado, fueron partícipes.

El lector se encuentra ante un momento histórico crucial para el desarrollo de aquella cultura clásica helénica de la que la civilización occidental posterior se hizo, en parte, heredera. Las Guerras Médicas demostraron que en los sucesos bélicos influyen multitud de factores ajenos a las tácticas militares y que, a su vez, los conflictos catalizan ciertos sistemas políticos. En este sentido, la primera mitad del siglo v a. C. fue testigo tanto del encontronazo greco-persa como de los vaivenes que agitaron, consecuentemente, el territorio griego: el auge de la democracia en Atenas, el peculiar sistema normativo espartano y la hegemonía dual sostenida por ambas ciudades-estado no son más que algunos de los aspectos que perfilaron un cosmos, por lo demás intensamente impregnado por la religión. No obstante, el marco cronológico de esta obra dista de limitarse a las primeras décadas de la centuria de Pericles. Se hace necesario un breve análisis histórico de los principales contendientes de esta determinante confrontación que nos retrotraerá a sus imprecisos, legendarios y sobre todo lejanos orígenes; inmersos en las migraciones de los pueblos orientales durante los albores del segundo milenio a. C., en el caso de lo que llegaría a ser el Imperio aqueménida, y en el traumático derrumbamiento de las estructuras de poder palaciales en torno al siglo XII a. C., germen de una Grecia sobre la que brotaron infinidad de *póleis* y estados independientes. Iniciaremos, así, un viaje en cuyo tránsito nos detendremos no solo en el desarrollo militar, social, político e incluso místico de las guerras

entre griegos y persas, sino también en el panorama diplomático que sembraron a su término, sustrato que acabaría ocasionando el estallido de otra guerra, la del Peloponeso, en el año 431 a. C.

Convergen adecuadamente, para ello, los estudios derivados de la historiografía moderna con aquellos testimonios literarios procedentes de los autores pretéritos. Dentro de este último grupo cobra una notoria relevancia el halicarnasio Heródoto, reconocido arquitecto de la obra más prolija sobre las Guerras Médicas. El «padre de la Historia», consideración con la que el erudito latino Cicerón quiso recompensar su labor cuatro siglos después, es sin duda la fuente antigua más recurrida en el curso de este volumen, pero se complementa con los trabajos al respecto de figuras sobradamente conocidas por el aficionado a la disciplina histórica (Plutarco, Diodoro de Sicilia o Platón), así como de otras menos relativas al enfrentamiento greco-persa (Polieno o el romano Valerio Máximo). No podemos olvidar, por último, la inestimable información proporcionada por el registro arqueológico, que quizá no encuentre tanta cabida entre estas páginas como merece esta esfera del conocimiento, por más que sus indagaciones resulten de lo más trascendental y riguroso.

Podría decirse —para culminar esta breve introducción— que el estudioso de las Guerras Médicas alberga un sentimiento semejante al de aquel ciudadano griego que, en el ágora de su polis, escuchaba con atención los poemas homéricos. Se trata de comprender, en cierto grado, el conflicto que significó la confirmación de una revolución cultural griega que ha terminado por empapar algunos de los valores de los que el mundo político actual pretende presumir; pero las Guerras Médicas no constituyen un enfrentamiento entre «Occidente» y «Oriente», como si de dos civilizaciones antagónicas se tratara. No consiste en asignar a la vieja Hélade, desde un enfoque presentista, un inexistente rol limitador que contuviese el empuje de una filosofía alternativa a lo largo del continente europeo, sino de entender uno de los procesos que, por su evolución, permitieron el florecimiento de una tradición cuyo progreso, a través de los siglos, representaría una determinante contribución a lo que ahora denominamos «Occidente», y la medida en la que la actitud de Grecia frente a la invasión persa contribuyó a tal desenlace.

EL IMPERIO PERSA: LA FORMACIÓN DE UN DOMINIO UNIVERSAL

*¿Cuántos son los países que tiene el rey Darío?
La lanza del persa ha ido muy lejos:
el persa ha peleado muy lejos de Persia.*

Inscripción sobre la tumba de Darío I
en Naqsh-i-Rustam

Los difusos orígenes del estado aqueménida: persas y medos

Explorar los inicios de los pueblos que llegarían a configurar lo que hoy en día conocemos como «Imperio persa» es una tarea particularmente complicada. Las fuentes de las que disponemos son variadas y heterogéneas: nuestro principal referente son las *Historias* que, a mediados del siglo v a. C., vieron la luz de la mano del halicarnasio Heródoto. Unos cincuenta años después, a principios del siglo iv a. C., encontramos la obra del médico e historiador Ctesias de Cnido, *Pérsica*, un compendio de veintitrés libros en los que plasmó su experiencia en tanto que médico real de Artajerjes II y sus conclusiones tras investigar «cada cosa en los pergaminos reales, en los que los persas tenían compuestos sus antiguos hechos»¹ y de los que solo se han conservado algunos extractos. Sin embargo, su relato acerca de los orígenes persas y medos carece de credibilidad, según Plutarco, por introducir «historias increíbles y paradójicas en sus libros».² Por otro lado, la *Anábasis* de Jenofonte, también de principios del siglo iv a. C., solo nos informa de las expediciones militares del príncipe persa Ciro el Joven y del

contingente mercenario griego que le acompañó y en el que el autor sirvió como comandante. A los testimonios de estos historiadores griegos debemos añadir una variada documentación epigráfica procedente de Asia que presenta el inconveniente de contradecir a los helenos en algunas ocasiones. Por lo tanto, la historia de las primeras poblaciones iránias (a las que también podemos llamar «arias») es extremadamente mal conocida. Las primeras referencias a las sociedades meda y persa están vinculadas a las campañas militares que el rey asirio Salmanasar III —cuyo reinado floreció en la segunda mitad del siglo IX a. C.— acometió para ampliar y consolidar sus dominios. Lo cierto es que estos arios, y más concretamente las poblaciones medas, habían ganado fama como excelentes criadores de caballos, una costumbre conservada de sus antepasados centroasiáticos que resultaba de gran interés para el poder asirio, poco o nada conocedor de la cría de unos animales de los que, en lo sucesivo, procuraría apropiarse por la fuerza cada vez que le fuera posible. No es de extrañar, así, que estos pueblos comenzaran a obtener visibilidad en las fuentes de la que fuera la entidad política dominante en el Próximo Oriente. De hecho, en el célebre Obelisco Negro, monumento erigido en el año 827 a. C. para honrar los triunfos de Salmanasar y que descansa en la actualidad en el British Museum, aparece la primera mención conocida a «Parsua», «la tierra de los persas», de quienes no existen evidencias anteriores al reinado de este monarca.³

La tesis más aceptada en torno a la génesis de la etnia persa es la que sitúa su origen en Asia Central, en las comunidades nómadas ganaderas que emigraron hacia el actual Irán para asentarse en la región del Fars —perteneciente entonces al otrora poderoso territorio de Elam— y mezclarse con sus habitantes. La decadencia del Imperio elamita se extendería desde el siglo XII hasta el ataque asirio de mediados del VII a. C., momento en el que Elam desapareció del mapa y dejó un vacío de poder en el Fars que fue ocupado por una familia persa. Esta teoría, mayoritariamente aceptada, goza de cierto apoyo arqueológico materializado en el denominado cilindro de Ciro (procedente del siglo VI a. C.), una pieza cilíndrica en la que se muestra la genealogía real persa y en la que se intitula a los antecesores del sobe-

rano que le da nombre como «reyes de Anshan», un importante centro urbano perteneciente al Fars en tiempos del dominio elamita donde debieron de instalarse los primeros inmigrantes.⁴

Si los persas ocuparon un lugar prominente en las crónicas asirias del siglo IX a. C., esa posición se fue cediendo progresivamente a los medos conforme avanzó la siguiente centuria, cuando las referencias a «Mada», «la tierra de los medos», aparecen con más frecuencia. Su origen también parece derivar de sociedades pastoriles asiáticas que habrían emprendido su propio periplo hacia la zona de los montes Zagros, fundiéndose con la población autóctona y convirtiéndose en vecinos de los persas luego de instalarse al norte de su territorio y levantar un próspero centro en la antigua ciudad de Ecbatana. Ambos grupos, al igual que sus homólogos iraníes arraigados tanto en los Zagros como en las inmediaciones fronterizas de un Imperio asirio en plena expansión, carecían de estructuras estatales férreas y constituían organizaciones tribales cuya economía estaba ampliamente sustentada en un modelo agropastoral. Cabe la posibilidad de que la hegemonía asiria en la zona ejerciera la influencia suficiente para que medos y persas abandonaran este formato tribal y adoptaran esquemas políticos más sólidos.⁵ Sea como fuere, la relación entre asirios y medos fue mayoritariamente tensa, y los intentos de los primeros por subyugar a los segundos se repitieron hasta finales del siglo VII a. C. En este momento se produjo un punto de inflexión en la historia meda con el ascenso a su trono de Ciaxares, soberano capaz de reunir ejércitos lo suficientemente numerosos para saquear con ellos importantes ciudades asirias como Assur (614 a. C.) o Nínive (612 a. C., en alianza con los babilonios). A este Ciaxares y a su predecesor Kashtaritu (Fraortes en la crónica herodotea) se les atribuye cierta unificación y consolidación política del reino de los medos y la victoria sobre los temidos escitas. También pudieron anexionar regiones fronterizas como Bactriana y otras naciones menores, normalmente mediante tratados matrimoniales en los que los propios monarcas tomaban parte. De lo que no hay ninguna duda es de que, en torno al 600 a. C., existe un predominio de los medos sobre los persas. No conocemos con exactitud cómo se produjo este proceso de prominencia política, pero es probable que esté relacionado

con la necesidad de responder de forma conjunta a los ataques escitas y asirios. En cualquier caso, sobre esta fecha Ciaxares sometió al líder persa Ciro I, y poco después estableció la frontera de su dominio en el río Halis, junto al reino minorasiático de Lidia.

A Ciaxares le sucedió su hijo Astiages en los primeros años del siglo VI a. C. El nuevo dinasta también participó de la red de alianzas establecida por su padre y que contaba ya con la inclusión de Babilonia, Egipto y Lidia, con lo que se pudo proporcionar a Oriente Próximo una relativa paz durante un periodo aproximado de cincuenta años. Esta es la coyuntura en la que Heródoto —cronológicamente posterior— considera al poder medo como un estado centralizado y fortalecido.⁶ Para cuando Astiages alcanzó el trono, Ecbatana se había convertido en algo parecido a una capital, una enorme ciudadela plagada de lujos y descrita así por el historiador de Halicarnaso:

[...] Unas murallas grandes y poderosas, hoy llamadas Ecbatana, dispuestas en círculos concéntricos. Estas murallas están trazadas de modo que cada círculo rebasa al inmediato inferior solo en los baluartes. [...] En total los muros son siete, y en el recinto del último están el palacio y los tesoros. De ellas, la muralla mayor tiene más o menos la extensión del perímetro de Atenas.⁷

Pese a su favorable explicación, la visión del halicarnasio parece alejarse de la realidad. Ecbatana podría parecer opulenta, pero constituía el centro de poder de una enorme formación política a la que difícilmente podríamos dar el calificativo de «imperio», dada la escasísima cohesión estatal, las delicadas relaciones personales sobre las que se sustentaba y la ausencia de sistemas provinciales o tributarios que demostrasen sumisión al gobernante. Es más, si bien la sociedad meda parecía encaminarse hacia la configuración de un estado centralizado o incluso un imperio merced a su relación con el vecino Imperio asirio, la desaparición de este pareció truncar el tímido desarrollo político experimentado.⁸ Con todo, Astiages daba muestras de ser un monarca ambicioso y deseoso de crear una autoridad despótica, tanto sobre todo noble que pudiera arrebatarle el trono como sobre el pueblo que dirigía.

Pero Astiages, como todo medo —y, en general, como todo hombre de la Antigüedad—, era también supersticioso y, según nos transmite Heródoto, obsesionado con mantener su poder. Nos dice el historiador que el gobernante había engendrado una niña, a la que llamó Mandane, que irrumpía en unos extraños sueños que atormentaban el descanso real. En uno de ellos aparecería su propia hija orinando una corriente tan fluida que inundaba por completo todo el continente.⁹ El rey, naturalmente preocupado, relató entonces su pesadilla a los magos reales, expertos en oniromancia (esto es, en la predicción del futuro mediante la interpretación de los sueños), quienes le alertaron del peligro que el nacimiento de un vástago de Mandane podría suponer para la conservación del trono. Como consecuencia, Astiages receló enseguida de todo noble medo de su poco consolidado dominio y, para evitar una usurpación, esperó a que su hija llegara a edad núbil para casarla con un vasallo persa, llamado Cambises, de quien creía que «estaba muy por debajo de cualquier medo de clase media». Sin embargo, cuando Mandane quedó encinta, el soberano medo experimentó un segundo sueño en el que «le pareció ver que de las partes de su hija nacía una vid que cubría todo el Asia». De nuevo, acudió a sus magos para conocer el significado de esta visión y sus temores fueron confirmados: le hicieron saber que el hijo resultante de Mandane y Cambises le sustituiría en el trono.

Presas de la paranoia, y siempre según Heródoto, el rey ordenó dar muerte al niño tan pronto como naciera.¹⁰ Tan abominable mandato recayó sobre Harpago, uno de los hombres de confianza de Astiages, quien, una vez con el bebé en brazos y delante de su madre, quiso apiadarse de él. Así, para no mancharse las manos de sangre y a su vez no incurrir en desacato hacia su rey, delegó el encargo en un esclavo, un tal Mitradates, al que dio la orden de dejar al niño expuesto y rodeado de fieras peligrosas en un desierto. Se daba el fortuito caso de que el esclavo en cuestión había engendrado también a un desgraciado hijo que había nacido ya muerto, y, cuando se enteró de que el muchacho a quien tenía que abandonar a su suerte era la noble simiente de Mandane y Cambises, decidió a instancias de su esposa dejar a la intemperie a su propio hijo, ya fallecido, y criar al nieto persa de Astiages.

De esta manera, el pequeño de la familia esclava recibiría un funeral con honores reales y se salvaría la vida del niño que, según los magos, estaba destinado a convertirse en señor de los medos, una criatura que llevaba por nombre Ciro.

Quiso el destino que el joven Ciro se encontrara ante Astiages diez años después. El rey de Media no tardó en reconocer a su descendiente por el parecido que ambos, en tanto que nieto y abuelo, guardaban. Considerando, tras deliberar con los magos, que el niño había escapado satisfactoriamente de su aciago destino después de nacer y que debía por lo tanto llegar a reinar en algún momento, Astiages optó por alejarlo de su corte y enviarlo de vuelta a territorio persa con sus verdaderos padres, quienes le habían dado por muerto durante todo ese tiempo. Por su parte, Harpago sufrió la cólera de su señor tras atreverse a desobedecer su orden: Astiages capturó a su hijo, lo degolló, lo cocinó al fuego y se lo sirvió a su padre en un banquete. Cuando, tras el festín, le preguntó si sabía qué animal había devorado, Harpago se limitó a contestar «que sí, que se daba cuenta, y que aceptaba complacido todo lo que hiciera el rey»¹¹ respuesta lisonjera a primera vista tras la que se escondía un deseo de venganza que afloraba ya en la mente del noble medo. Esta es, de acuerdo con el relato de Heródoto, la leyenda en torno a los primeros años de Ciro II de Persia, conocido posteriormente como Ciro «el Grande», personaje que pasará por ser el fundador del Imperio persa.

El ascenso persa. La figura de Ciro «el Grande»

Las tribus persas tomaron el legado dejado por el Imperio de Elam en la región del Fars y establecieron su potestad en el antiguo enclave de Anshan, donde, desde generaciones atrás, reinaba una dinastía cuyos miembros eran tratados, como hemos visto, de «reyes de Anshan». Hasta la aparición en escena de Ciro II, los persas habían vivido sometidos al dominio medo y, a partir del matrimonio de Cambises con la hija de su rey Astiages, emparentados con su nobleza.¹²

En el año 559 a. C., Ciro sucedió a su padre Cambises al frente del reino persa. Las hostilidades entre los mandatarios persa y medo

no se hicieron esperar demasiado, pues, si hemos de creer a Heródoto, el resentido Harpago movió los hilos necesarios para convencer a Ciro de la necesidad de deponer a Astiages, a quien acusaba de haberse convertido en un tirano sin escrúpulos; afirmando además que, si presentaba batalla, los regimientos a sus órdenes se pasarían a las filas persas.¹³ De acuerdo con las fuentes babilonias de la época, Ciro consumaría su rebelión en el 553 a. C. (según el cilindro de Sippar) o en el 550 a. C. (tal como se afirma en la *Crónica de Nabónido*). Como respuesta, Astiages movilizó su ejército y, olvidando la afrenta que le había causado al ofrecerle su propio hijo en un banquete, nombró a Harpago comandante en jefe de las fuerzas reales. En el transcurso del combate se cumplió la predicción del noble medo y, con ello, su particular venganza:

[...] Astiages mandó a todos los medos acudir a las armas y, cegado por la divinidad, nombró a Harpago general en jefe. ¡Había olvidado por completo lo que le había hecho! Cuando los medos en su avance atacaron, algunos combatieron, los que no estaban en el secreto, pero una parte de los demás se pasó a los persas y los restantes se hicieron fingidamente los cobardes y se dieron a la fuga.¹⁴

Astiages llegó incluso a ser capturado por el ejército persa y se convirtió, así, en el último rey de los medos. Las fuerzas conjuntas de Ciro avanzaron después sobre Ecbatana, la capital meda, para saquear su tesoro y trasladar un cuantioso botín a Anshan; acontecimiento este que trastocó el orden político de Oriente Próximo al imponerse la soberanía persa sobre la población meda, tal como el propio Astiages reprochará con posterioridad a Harpago: «Astiages le probó que era el más necio de los hombres [...] porque por un banquete había aherrojado a los medos a la esclavitud».¹⁵ Con Ecbatana a sus pies, Ciro adoptó el conciliador título de «rey de medos y persas» y no expulsó a los medos de las más altas instancias del poder tras su conquista, es más, el nuevo mandatario integró a los antiguos linajes entre la alta nobleza persa. Esta fusión, concretada a mediados del siglo VI a. C., explica la habitual confusión o la sinonimia entre los términos «medo» y «persa»

y posibilita que, aunque el término no sea el más exacto, nos refiramos a los conflictos entre griegos y persas de principios del siglo v a. C. con el sobrenombre de «Guerras Médicas».

Como sucesor del reino o estado de los medos, Ciro se decidió a acometer una serie de campañas expansionistas. En el año 547 a. C. se enfrentó con éxito el reino de Lidia, ubicado al otro lado del río Halis, después de que su rey, Creso, quien estuviera emparentado con los reyes medos, quisiera vengar la derrota de Astiages tras consultar al oráculo de Delfos. La sacerdotisa délfica, cuyas respuestas eran conocidas por su ambigüedad, había pronosticado al monarca lidio que perdería su territorio cuando un mulo se tornara rey de los medos. Creso no se lo pensó y se lanzó al ataque contra Ciro sin tener en cuenta que el persa había sido concebido como resultado de la unión de dos personas de distinto rango, al ser su padre Cambises inferior en el escalafón social del estado medo.¹⁶ Así pues, los lidios fueron derrotados y, ulteriormente, Creso se refugió con lo que quedaba de su ejército en Sardes, su capital, que capituló tras catorce días de asedio persa. El rey de Lidia caería prisionero en manos de Ciro en el año 546 a. C. Sobradamente célebre es la anécdota que, con respecto a la ejecución de Creso, nos transmite Heródoto: preparada y encendida la pira en la que se le depositó para morir quemado, Creso profirió tres veces el nombre del legislador Solón de Atenas, con quien habría mantenido una conversación en la que el sabio ático le espetó que «el muy rico no es más feliz que el que dispone de lo que necesita para el día, a no ser que el destino le tenga dispuesto que pueda morir felizmente».¹⁷ Ciro, al preguntar al prisionero por la historia y constatar que él mismo, como hombre jerárquicamente semejante a Creso, podría sufrir un destino parecido, ordenó extinguir el fuego y perdonar la vida al monarca lidio, quien pasaría a formar parte de la corte persa como consejero. Cabe destacar que, en la versión del poeta Baquilides, Creso muere de forma voluntaria aun después de que una tormenta enviada por Apolo apagara la pira.¹⁸

La conquista de Lidia puso a los persas en contacto con las ciudades griegas de Asia Menor anteriormente integradas en los dominios de Creso. La mayoría fueron sometidas a su nueva autoridad mediante el

establecimiento de guarniciones militares, otras mediante la imposición de tiranías locales afines a Ciro. Teóricamente afianzado el extremo occidental, el rey persa inició una serie de expediciones militares en el este con el fin de consolidar un imperio sobre la ecúmene asiática. Estas iniciativas, apenas documentadas por Heródoto, otorgaron a Ciro el control sobre Bactria, Drangiana y probablemente Siria, hasta llegar a las inmediaciones del valle del Indo, sin que sepamos el orden exacto en el que se llevaron a cabo.¹⁹ El soberano se dispuso, pocos años después, a atacar el imperio babilónico de Nabónido, cuyos territorios cayeron fácilmente en manos persas tras presentar una vaga resistencia en el año 539 a. C.; de hecho, su capital, Babilonia, se rindió a Ciro sin ofrecer batalla, después de que los nobles y los sacerdotes locales desafectos con el reinado de su soberano ejercieran su influencia para permitir la entrada de las tropas persas.²⁰ Tras esta victoria, Ciro se convirtió en rey no solo de medos y persas, también de Babilonia y de las tierras más allá del Éufrates. En el mismo año o en el 538 a. C. se hizo con el control de Jerusalén (donde fue declarado «ungido del Señor» por la comunidad judía, a la que permitió volver a la ciudad) y de Fenicia. Al finalizar todas estas conquistas adoptó diversos títulos, según las fuentes contemporáneas babilonias ya mencionadas, como «Rey del Mundo», «Gran Rey», «Poderoso Rey», «Rey de Babilonia», «Rey de Sumer y Akkad» y «Rey de los Cuatro Extremos de la Tierra».²¹ Ciro II configuró, de esta manera, el primer imperio de vocación universalista conocido, un estado con una extensión que no tenía precedentes históricos.

A la merecida fama de conquistador del líder persa hay que unir, además, su presunta moderación y magnanimidad hacia los sometidos. El Gran Rey fue artífice del tradicional respeto persa por las costumbres locales.²² Prefirió nombrar gobernadores sujetos a su autoridad en lugar de designar a reyes vasallos; integró las religiones de las zonas conquistadas sin imponer la religión propia de los persas, procurándose así el apoyo de los sacerdocios de los diferentes centros místicos de su vasto dominio; además, dotó de cierta autonomía a las variopintas provincias incorporadas, sobre las que apenas intervino mientras los impuestos fluyeran hacia su corte y las levadas militares se prestaran a

defender su causa cuando fuera necesario. Tal vez este no-intervencionismo fuera la forma más eficaz de mantener unido un imperio tan extenso.

La última de las campañas de conquista emprendidas por Ciro le llevó más allá del mar Caspio, al país de los masagetas, una de las innumerables tribus nómadas que conformaban el pueblo escita. Los masagetas, cuyo nombre significa «grandes escitas», estaban gobernados por una mujer, Tomiris, que había recibido el trono tras la muerte de su marido. Aprovechando esta situación, Ciro intentó hacerse con su reinado de forma pacífica, enviando a la lideresa una petición formal de matrimonio que sería firmemente rechazada al entender la nómada que «no la pretendía a ella, sino al reino de los masagetas».²³ Cuando el rey de los persas comprobó que su estratagema no había surtido el efecto deseado, pasó a la ofensiva. Alcanzó el río Oxo²⁴ y se dispuso a levantar puentes para que su ejército pudiera cruzarlo. Informada de las operaciones persas, Tomiris retó a su homólogo, mensajero mediante, a encontrarse para trabar combate de forma honorable con lo más selecto de sus ejércitos, ya fuera en zona persa o masageta (esto es, a un lado o al otro del río). Por lo tanto, Ciro convocó una asamblea extraordinaria con los nobles allí presentes para deliberar dónde debía tener lugar el enfrentamiento y, por unanimidad, los persas eligieron su propio territorio.

No obstante, Creso, otrora acaudalado rey de Lidia y entonces al servicio de rey persa, convenció a Ciro para que el encuentro se produjera en zona masageta, debido a que «en el caso de una derrota, [...] está claro que los masagetas, si vencen no retrocederán, sino que marcharán contra tus dominios».²⁵ Quizá Heródoto incluyera esta referencia para establecer un paralelismo entre la derrota sufrida por Creso cuando cruzó el río Halis con ánimo de enfrentarse a los persas y el destino que aguardaría a Ciro si cruzaba el Oxo. Verídico o no, el Gran Rey aceptó el consejo del lidio y desestimó la opinión de los nobles convocados. No solo eso, además, consciente de que los masagetas prácticamente desconocían el vino y el embriagador efecto que causaba al consumirlo en demasía, Creso propuso a Ciro dejar a lo más bisoño e inexperto de su ejército separado del grueso de sus fuerzas y

acompañarlo de varias cabezas de ganado sacrificado y aderezado, como si de un gran banquete se tratara, junto con ingentes cantidades de bebida. Ciro accedió y envió a Creso de vuelta a Persia para que acompañara a su hijo Cambises, recientemente nombrado «rey de Babilonia» y heredero del trono. Los masagetas tardaron poco en caer en la trampa tendida por los invasores: aproximadamente un tercio del ejército de Tomiris se dirigió al lugar y dio muerte con facilidad a los desdichados novatos abandonados como cebo, pese a su enconada resistencia y, tal como se esperaba, dieron cuenta de las viandas preparadas. Entonces, los guerreros masagetas fueron paulatinamente cayendo presa del sueño provocado por la borrachera inherente a una desmedida ingesta de vino, momento que aprovecharon los persas para caer sobre ellos, dando muerte a muchos de ellos y haciendo prisionero al resto del contingente. Curiosamente, entre los capturados se encontraba el hijo de Tomiris y a la sazón comandante en jefe de sus fuerzas, Espargapises.

Al enterarse de lo ocurrido y de la caída de su vástago en manos enemigas, la reina de los masagetas envió un heraldo a Ciro para reprocharle su actitud, poco honrosa al utilizar un ardid para exterminar a un tercio de su ejército, y amenazó con «hartarle de sangre» si no liberaba a su comandante y se retiraba inmediatamente de su territorio;²⁶ pero Ciro hizo caso omiso de las amenazas de su contrincante y continuó reteniendo a su hijo, quien, cuando despertó y se percató de todo lo sucedido, pidió ser desatado para, cuando se le concedió el deseo, suicidarse.

Los persas se prepararon después para batirse en una encarnizada lucha frente al ejército de una encolerizada Tomiris. La batalla, que tuvo lugar en un lugar indeterminado en el año 530 a. C., es descrita por Heródoto como «la más empeñada que jamás se haya librado entre hombres bárbaros» (pues los griegos consideraban asimismo a los persas como tales)²⁷ y se decantó finalmente del lado masageta, después de que su ejército causara cuantiosas bajas al de Ciro. El propio Gran Rey halló la muerte en la conflagración y Tomiris se apresuró a buscar su cadáver para consumir su desquite. Heródoto nos lo cuenta así:

Tomiris mandó llenar un odre con sangre humana, y con él mandó buscar entre los muertos de los persas el cadáver de Ciro. Lo encontró, metió su cabeza en el odre y en escarnio del muerto profirió estas palabras: «A mí, que sigo viva y que te he vencido en la batalla, me mataste el hijo cogiéndomelo con engaños; ahora yo, según te amenacé, te hartaré de sangre».²⁸

La muerte de Ciro el Grande es transmitida por Heródoto de la misma manera que sus orígenes, mediante mitos y cuentos populares. No es para menos: los hombres notables tienen más probabilidades de acabar rodeados por la leyenda y, en el caso del fundador del Imperio persa, su política expansionista solo puede calificarse como formidable. En treinta años consiguió que la enorme y políticamente fragmentada superficie meda pasara a ser gobernada por un estado originariamente mucho más pequeño a través de unas extraordinarias campañas bélicas, imbuidas de una mezcla de inteligencia y demostración de fuerza militar, que fueron seguidas de una inusitada tolerancia en los territorios subyugados. Ciro ha transmitido una de las mejores imágenes que nos ha legado cualquier gobernante de la Antigüedad y ha sido estimado dentro y fuera de Persia como «padre» benefactor y gobernante carismático con destacadas dotes políticas y diplomáticas.²⁹ El Gran Rey fue sepultado en el año 528 a. C. en una sencilla tumba que aún puede visitarse en Pasargada, ciudad del actual Irán que convirtió en una de las capitales de su recién nacido imperio.

Cambises II, la conquista de Egipto y la llegada al trono de Darío I

Tras la muerte de Ciro el Grande, su hijo Cambises —quien fuera designado como heredero cuando el primero se lanzó a la fallida campaña contra los masagetas— accedió al trono con el nombre de Cambises II. La poca información que conservamos sobre el nuevo Rey de Reyes procede una vez más del historiador halicarnasio Heródoto y se centra mayoritariamente en la invasión que llevó a cabo sobre Egipto,

el último de los poderes de Oriente Próximo que simpatizó con el extinto dominio medo y que conservaba una plena independencia. El ataque distaba de responder a un irrefrenable deseo del monarca de apoderarse de todo el mundo habitado, más bien formaba parte de la estrategia, ya emprendida por su padre, de controlar el Creciente Fértil y los territorios comprendidos entre el Nilo y el Éufrates para asegurarse un suministro constante de recursos, lo cual, antes o después, implicaría un enfrentamiento directo con el reino egipcio, estado que ya había mostrado ambiciones territoriales en sus regiones aledañas.³⁰

Egipto estaba gobernado entonces por el faraón de la XXVI dinastía Amasis II, último de los grandes reyes egipcios antes de la conquista persa y controlador de una extensa flota. Cambises, consciente de la fuerza naval egipcia, tardó cuatro años en preparar una escuadra que pudiera hacer frente a la de Amasis. Durante este tiempo todos los puertos y muelles del Imperio persa trabajaron en la construcción de trirremes y naves ligeras cuya tripulación estaría compuesta por habitantes de las provincias sometidas al imperio, dejando el almirantazgo de la armada para individuos destacados de extracción puramente persa. Como medidas encaminadas a un potencial triunfo, Cambises conquistó la isla de Chipre y estableció un pacto con las poblaciones árabes del Sinaí por el que proveerían de agua la travesía del ejército persa a través del corredor sirio-palestino.³¹ Para cuando el Gran Rey comenzó su campaña hacia el sur, en el 525 a. C., Amasis ya había pasado a mejor vida y había dejado su reino a Psamético III, joven e inexperto líder sobre el que recaería la defensa de su estado y que solo llegaría a gobernar seis meses. Los ejércitos persa y egipcio comenzaron abiertamente las hostilidades enfrentándose en la batalla de Pelusio, sobre la desembocadura oriental del Nilo, en una reyerta tras la que el ejército del faraón fue derrotado. Acerca del posterior asedio a la fortaleza de la ciudad, nos cuenta el macedonio Polieno —ya en el siglo II de nuestra era— una curiosa anécdota, execrable para cualquier amante de los animales:

Quando Cambises atacó Pelusio, que protegía la entrada a Egipto, los egipcios defendieron la plaza con gran resolución. Utilizaron una for-

midable artillería contra los sitiadores, y arrojaron proyectiles, piedras de gran tamaño y fuego desde sus catapultas. Para contrarrestar este destructivo bombardeo, Cambises les lanzó con sus catapultas perros, ovejas, gatos, ibises y cualquier otro animal que los egipcios considerasen sagrado. Los egipcios detuvieron sus maniobras inmediatamente, por miedo a lastimar a los animales, a los que mostraron una gran veneración. Cambises capturó Pelusio, y de este modo consiguió abrirse camino hacia el interior de Egipto.³²

El ejército egipcio, ya desmoralizado por el trato ofrecido a sus animales sagrados, continuó su huida hasta refugiarse tras las murallas de la misma Menfis. Cambises envió entonces un heraldo a los defensores para conminarles a firmar una rendición, pero obtuvo por respuesta la ejecución del emisario y de la tripulación de su barco. La fortaleza de la ciudad fue sitiada y tomada a los pocos días por los persas, cayendo Psamético prisionero, lo cual no fue óbice para que el ya exfaraón tratara de iniciar una rebelión contra sus nuevos señores, que fracasó rápidamente. Cautivo y deshonorado por completo, el joven soberano se quitó la vida (al decir de Heródoto) bebiendo sangre de toro,³³ circunstancia que puso punto final a la etapa del antiguo Egipto conocido como «periodo tardío». Con Menfis bajo el control persa, los pueblos vecinos al oeste, como Cirene o Libia, ofrecieron su sometimiento al imperio de Cambises, con lo que la frontera meridional de Egipto quedó plenamente afianzada.

Las conquistas de Chipre y Egipto parecen ser lo único favorable que las fuentes antiguas griegas ofrecen sobre la figura de Cambises; por lo general, los historiadores helénicos tienden a destacar la poca aptitud del Gran Rey. El relato de Heródoto lo presenta como un tirano sin escrúpulos, paranoico y con delirios de grandeza. Si hemos de dar credibilidad al halicarnasio, el dinasta persa permitió el saqueo de los templos egipcios durante la invasión de su territorio y llegó a insultar a la religión egipcia al tratar de matar al buey que personificaba al dios local Apis,³⁴ una actitud que chocaría frontalmente con la impulsada por su padre y con la tradición persa, que preconizaba el respeto a las religiones de los pueblos ocupados.³⁵ Jenofonte, en la misma línea,

llega a afirmar que «inmediatamente después de la muerte de Ciro, sus hijos se enemistaron, ciudades y pueblos hacían defección, y todo tornó a peor». ³⁶ Ciertamente, el reinado de Cambises estuvo impregnado de problemas internos vinculados con su nobleza, con la que mantuvo una compleja relación, toda vez que el Gran Rey no poseía descendencia que asegurase su sucesión. Concluida la ocupación de Egipto, Cambises tuvo un sueño en el que aparecía un mensajero persa portando la noticia de que su hermano Bardiya (Esmerdis en las *Historias* de Heródoto) había ocupado el trono aqueménida y que «con la cabeza tocaba el cielo». ³⁷ Ya hemos comprobado la importancia que los mandatarios medos y persas otorgaban a sus experiencias oníricas, de modo que Cambises, víctima del pánico, ordenó la muerte en secreto de su hermano, de quien dice el historiador que se encontraba en Susa. Un conflicto entre dos hermanos por la ocupación del trono persa habría sido perfectamente posible, máxime si ambos disponían de una fuerza militar parecida, pues parece que este Bardiya recibió como herencia de Ciro extensos territorios en Asia central que quedaron exentos de pagar el correspondiente impuesto a la autoridad central, es decir, al nuevo rey.

Sea como fuere, tras la muerte de Bardiya, un mago llamado Gaumata —que habría iniciado una sublevación en la ciudad de Nasirma— habría tomado conciencia de que la desaparición de aquel constituía un secreto de Estado y se habría hecho pasar por el hermano asesinado de Cambises. Cuando Gaumata declaró ante los pueblos sometidos al Imperio persa que él era Bardiya, las tropas que permanecían acantonadas en la localidad traicionaron al verdadero monarca y se unieron a la causa del mago, que llegaría a ostentar *de facto* la magistratura real. Cambises había perdido aparentemente su corona mientras llevaba a cabo su expedición contra Egipto.

Ante el cariz que estaba tomando la situación, Cambises decidió emprender el camino de vuelta a su Persia natal para castigar al instigador de lo que podría calificarse en nuestro tiempo como «golpe de Estado». A partir de este punto, las fuentes difieren en el resultado final de la historia. Heródoto asegura que, cuando Cambises montó sobre su caballo para iniciar la travesía a Susa, la pieza que recubría la parte

inferior de la vaina de su espada se desprendió, dejando al aire la punta del arma, con la que se lastimó en la pierna (concretamente, en el mismo lugar donde en su momento habría herido al buey sagrado egipcio). Cambises moriría veinte días después, luego de arengar a sus soldados fieles para recuperar el poder en Persia, al tiempo que el impostor terminaría siendo descubierto por un grupo de siete nobles que maquinó un complot para asesinarlo junto a sus acólitos. El trono persa había quedado vacante tras la desaparición de los dos hermanos.

Heródoto introduce en los siguientes párrafos de su narración lo que, quizá, podría considerarse el primer destello de filosofía política occidental escrita. Tres de los conjurados, de esos nobles persas que dieron muerte al farsante, debaten ahora cuál es la forma de gobierno más beneficioso para su territorio:³⁸ el noble Ótanes abogaba por «dar el poder al pueblo»; otro, de nombre Megabizo, apostaba por un sistema oligárquico «formado por los mejores hombres»; por último, Darío opinaba que «no puede aparecer nada superior al gobierno de uno solo». Naturalmente, esta deliberación carece totalmente de historicidad y es fruto de la pluma de un Heródoto que quiso incluir en su obra parte de las reflexiones políticas que tanta pasión desataban en la Grecia de mediados del siglo v a. C., adaptándolas a la crónica del *interregnum* persa. La discusión terminó con el triunfo del parecer de Darío y la asamblea determinó que Persia continuaría siendo una monarquía, pero todavía quedaba por esclarecer cuál de los nobles congregados allí era elegido nuevo Gran Rey. Los siete personajes acordaron dejar la elección a los dioses, accediendo a la dignidad real «aquel cuyo caballo relinchara el primero cuando, al amanecer, ellos cabalgaran delante de la ciudad».³⁹ A la mañana siguiente se dio comienzo al proceso:

Cabalgaron por el arrabal de la ciudad, y [...] el caballo de Darío soltó un relincho y al tiempo que el caballo hacía esto, en el cielo sereno se formó una tormenta con relámpagos. Y este fenómeno añadido a favor de Darío le confirmó, hubiérase dicho que fue algo preconcebido. Los demás desmontaron de sus cabalgaduras y besaron la mano de Darío.⁴⁰

Así fue como, de acuerdo con el relato herodoteo, Darío se convirtió —con el nombre de Darío I— en el sucesor de Cambises en el trono persa. Otra versión de los hechos es la que nos ha legado el propio rey en el enorme monumento conocido como Inscripción de Behistún, magnífico relieve trilingüe construido en el monte homónimo en lengua persa, elamita y acadia; realizado en un momento indeterminado entre su coronación y su muerte y con una clarísima finalidad legitimadora. La inscripción, que serviría para descifrar por completo la escritura cuneiforme en el siglo XIX, se encuentra a sesenta metros de altura sobre la ladera de un antiguo camino de caravanas, lo que reforzaba su función propagandística.⁴¹

Lo primero que aparece en su leyenda es la genealogía de Darío. Tal maniobra de justificación resulta comprensible si tenemos en cuenta que las fuentes sobre los orígenes de Darío son oscuras y que pudo tratarse, simplemente, de un usurpador con ambiciones excesivas. Según el relieve, el soberano llegó al poder por mediación de la divinidad Ahura Mazda después de que Cambises se suicidara al comprobar que no podía hacer frente a las fuerzas del mago Gaumata, a quien el propio Darío habría dado muerte sin necesidad de conspiraciones con otros personajes, únicamente mediante inspiración divina.⁴² Insiste también en vincular su linaje con el de Ciro el Grande y en presentar a los ancestros de ambos como descendientes de un mismo personaje, un tal Aquemenes. Empero, esto es casi con total seguridad una invención de Darío para fundamentar el hecho de haberse apoderado del trono de forma tan poco convencional. Por otra parte, sabemos por otras inscripciones que el padre y el abuelo de Darío aún vivían cuando este último se convirtió en Gran Rey, por lo que, de haber sido cierto el cercano parentesco del monarca con Ciro, lo lógico habría sido que uno de estos dos familiares se hubiera ceñido la corona. Otro de los factores que restan credibilidad a la versión que nos ofrece la Inscripción de Behistún radica en la proliferación de rebeliones que se desencadenaron en numerosas provincias del imperio, muchas de ellas probablemente a raíz de la ofensa que pudo suponer la apropiación indebida del legado real; otras, quizá, habrían surgido aprovechando la inestabilidad política para intentar alcanzar la

independencia de sus territorios.⁴³ Independientemente de la motivación, poco después de su coronación en Pasargada, la mecha revolucionaria se extendió por Elam, Babilonia, Bactriana, Media, Partia, Asiria, Egipto e incluso la propia Persia, donde un levantamiento, encabezado por un individuo de nombre Bardiya —nada que ver con el hermano de Cambises II—, negaba la legitimidad del gobernante. Ahora bien, Darío no tardó más de un año en aplastar todas las sublevaciones, a pesar de haberse producido en todos los confines de su joven imperio. De ello da fe asimismo la Inscripción de Behistún, que deja claro, por un lado, el apoyo inquebrantable de una parte de la nobleza persa al nuevo Rey de Reyes y, por otro, el castigo impuesto a aquellos nobles que se declararon reyes independientes en sus provincias.

Así, la llegada al poder de Darío I como Gran Rey puso de manifiesto la profunda división social existente en el seno del estado y, sobre todo, la brillante capacidad militar del nuevo dinasta al aplacar las rebeliones. Darío había heredado una joven potencia que gozaba de una asombrosa extensión y de un poder que atemorizaba a las potencias vecinas. Sobre los verdaderos motivos de la grave crisis que acompañó su entronización solo podemos especular, pero debemos también tener en consideración el éxito del rey al enfrentarse a tan importantes problemas y salir airoso. Con Darío, la dinastía aqueménida se convirtió en la casa real del Imperio persa hasta su conquista por Alejandro Magno a finales del siglo IV a. C. De hecho, si otorgamos credibilidad a su versión de los hechos que lo llevaron al trono, solo a partir del reinado de Darío I podemos hablar con propiedad de un Imperio aqueménida que alcanzó, bajo su mandato, su máxima extensión. Persia consiguió vengar la muerte en batalla de Ciro sometiendo a los pueblos escitas del norte y obligándoles a presentar un adecuado tributo. Al este, sus combatientes alcanzaron el noroeste de la India en una fecha desconocida. En lo que respecta a la frontera occidental, Darío conquistó varias islas del Egeo y se apoderó del territorio de Tracia, más allá del Helesponto. Corría el año 513 a. C. A finales del siglo VI a. C., el todopoderoso Imperio persa y las orgullosas *póleis* griegas se encontraban frente a frente.

Organización del Imperio persa durante el reinado de Darío I

Las satrapías

Todo el Imperio persa estaba dividido en satrapías, provincias al frente de las cuales se situaba un sátrapa o gobernador afín a la política del Gran Rey y que ejercía su poder con una relativa autonomía. Indistintamente, los griegos utilizaban el término «sátrapa» para describir a cualquier funcionario a las órdenes del rey de Persia, sin atender a su poder, y en la actualidad utilizamos el mismo vocablo cuando queremos designar a un gobernante que ejerce sus funciones de manera despótica. A su vez, las satrapías del imperio se gestionaban de forma asimétrica, dado que algunas de ellas disfrutaban de un mayor grado de independencia o de un específico régimen tributario. Por ejemplo, la provincia de los montes Zagros nunca llegó a integrarse plenamente en la administración central cuando fue convertida en satrapía. Los escasos beneficios económicos que aportaba al estado persa, unidos a la orografía del territorio y a la idiosincrasia de sus gentes, hicieron del Cáucaso una excepción en lo que a las relaciones entre el trono y sus provincias se refiere. En estos supuestos, el rey persa se limitaba a agasajar con presentes a los jefes locales, quienes, en contraprestación, mantenían su fidelidad a la autoridad. También dispuso de una cierta singularidad la satrapía de Arabia. Esta provincia, como sabemos, suministró agua a las acaloradas tropas de Cambises II años atrás, en su camino hacia la ya comentada conquista de Egipto y, como recompensa por tales servicios, los árabes quedaron exentos del pago de impuestos al poder persa. Los escitas, recientemente conquistados por Darío, mantuvieron a sus élites gobernantes y no sufrieron la imposición de un gobernador elegido por la corona. Las relaciones que pudieron mantener el imperio y este pueblo nómada son poco claras, pero el hecho de que los reyes aqueménidas utilizaran amplios contingentes de soldados escitas en el ejército imperial hace pensar que, entre ambos poderes, se estableció una simbiosis beneficiosa para ambas partes.

Los ejemplos aludidos son testimonio de la flexibilidad del Gran Rey en la administración de sus territorios. Si la provincia imperial se hallaba demasiado alejada del poder central, o representaba un territorio de difícil acceso, el establecimiento de un gobernador no era imprescindible. En el resto de los casos, los sátrapas debían proceder de la etnia persa y, evidentemente, de una alta posición social (aunque el rey podía otorgar el rango de «persa» a quien estimara conveniente); algo que resulta comprensible, teniendo en cuenta que uno de los factores que mantuvieron al Imperio persa unido y cohesionado fue la solidaridad ideológica de su clase dirigente, sentimiento que se conseguía a través de la impartición de un sistema de educación a imagen y semejanza del asirio. De acuerdo con tal modelo, los hijos de los gobernantes, tanto en las satrapías como en las capitales imperiales, salían del harén a los cinco años para ser educados en las escuelas. Se les instruía en religión, tradición, administración de justicia y preparación militar. Con esta formación se lograba potenciar la identidad de grupo entre la nobleza persa, a lo que contribuía también que el Gran Rey concediese a estos nobles las tierras más alejadas de sus lugares de origen con la finalidad de combatir los particularismos.

Una vez accedían al poder provincial, gobernaban sobre territorios generalmente extensos desde un centro que solía coincidir con la capital del reino conquistado en cuestión. Estas ciudades contaban, además, con palacios en los que se instalaba el sátrapa, a menudo pertenecientes a los reyes derrocados por los persas durante sus conquistas y que permitían al nuevo gobernador llevar prácticamente el mismo estilo de vida que el Gran Rey. Los sátrapas podían alcanzar un grado de semiindependencia con respecto al rey persa, siempre y cuando el primero respondiera diligentemente las llamadas a las armas del segundo y enviara los correspondientes tributos. Se comprometían, aun así, a mantener su palacio en buen estado de conservación para ofrecérselo al rey en caso de que se encontrara en las inmediaciones de la ciudad o en el territorio de su satrapía.

Se ha atribuido tradicionalmente a Darío I la división del estado aqueménida en diversas satrapías, pero ya encontramos atisbos de una división territorial del Imperio persa bajo el mandato de su fundador,

Ciro II. Puede que los persas, a diferencia de los medos a los que conquistaron, aprendieran o imitaran las estructuras de gobierno del desaparecido Imperio de Elam. Además, es plausible que Ciro, como vencedor de Astiages, heredase de este los vínculos personales creados en el interior de sus dominios.⁴⁴ Sí es cierto que Darío organizó las satrapías, proporcionó su forma definitiva y aumentó su número a veintitrés, experimentando las provincias en lo sucesivo poca o ninguna variación hasta la conquista del Imperio persa por Alejandro, quien, pese a alterar el territorio aqueménida, mantuvo su división en satrapías para repartirlo entre sus sucesores.

Economía persa a finales del siglo VI a. C.

Es algo comúnmente aceptado que las primeras monedas de las que tenemos noticias fueron acuñadas en el reino de Lidia en algún momento entre la segunda mitad del siglo VII y la primera del VI a. C. Estas primitivas piezas estarían compuestas por *electrum*, una aleación de oro y plata que puede encontrarse en estado natural (hipotéticamente abundante en la ribera del Halis) o fabricarse en una proporción de una parte de oro por cinco de plata. Fue durante el reinado de Creso cuando a estas monedas —que pasaron a confeccionarse únicamente con oro— se les añadió la figura de un león en el anverso y un sello real en el reverso para garantizar su pureza y su oficialidad. El peso de la moneda de Creso era de 14 gramos de este metal y la unidad se convirtió en la paga que se otorgaba a sus soldados por un mes de servicio militar. La irrupción de la moneda en los intercambios económicos facilitó enormemente las transacciones mercantiles, y, cuando Ciro el Grande conquistó el reino de Lidia en el año 546 a. C., no dudó en adoptar, sin introducir apenas cambios, lo que para los persas representaba una sorprendente novedad.

Siguiendo la estela dejada por Ciro, la llegada al trono de Darío supuso una revolucionaria reforma administrativa. Bajo el gobierno de este dinasta se creó el primer sistema monetario persa mediante la acuñación de una moneda de oro, conocida como «dárlico», que con-

taba con un peso estandarizado de 8,30 gramos. Estas piezas tenían una función esencialmente propagandística, dado que en ellas aparece un rey o un noble guerrero persa (puede que el propio Gran Rey) armado con un arco y dispuesto para la guerra, precisamente la idea que Darío buscaba proyectar y que acabó por provocar que los griegos se refirieran a estas monedas como «arqueros».

Los dárlicos eran acuñados exclusivamente en una ceca situada en la ciudad de Sardes, la que fuera capital del reino lidio, para lo que se transformaba una parte de las ingentes cantidades de oro que llegaban de las minas de la región en monedas, pues el tributo que se pagaba al rey persa consistía en lingotes de oro o plata que no se monetizaban. No obstante, no hay indicios de que los dárlicos se utilizaran en las operaciones comerciales, tampoco para pagar la soldada o los suministros del ejército del Gran Rey. El rol de la moneda introducida por Darío, pues, se limitaba a presentar sus logros militares y políticos y, evidentemente, a mostrar su efigie por todos los rincones de su imperio. En definitiva, si bien el dárlico podía ser utilizado perfectamente en términos económicos (tal y como los entendemos en la actualidad), su propósito, en primer término, fue el de exhibir el poder del monarca y extender su poder en la medida de lo posible, procurando hacer de Darío un nuevo fundador del Imperio persa a ojos de sus súbditos. En cualquier caso, el aqueménida ha pasado a la historia en la crónica de Heródoto con la reputación de rey mercader.⁴⁵

La fama del Gran Rey también ha trascendido a la posteridad gracias a la construcción o a la mejora de una extensa red de caminos y carreteras que comunicaban los extremos del estado asiático. Heródoto nos describe minuciosamente cómo era el camino, conocido con el nombre de Camino Real, que unía Sardes con Susa —dos de las capitales imperiales— con postas situadas a lo largo de la ruta en intervalos de una jornada de distancia y donde los encargados del correo podían descansar y cambiar su agotada montura por una fresca. El uso de estas posadas o lugares de descanso estaba restringido a aquellos que portaran un permiso o un sello real, de manera que el necesario mantenimiento de estos establecimientos quedaba fijado por obligación al sátrapa de la correspondiente provincia. Algunos puntos estratégicos,

como los ríos cuyo caudal era tan elevado que necesitaban de la navegación para ser cruzados, estaban vigilados por soldados que controlaban a los peregrinos.⁴⁶ La mera existencia de estos caminos, probablemente a partir de otros construidos ya en tiempos del Imperio asirio, representaba la joya de la corona de un extensísimo Estado que requería de tropas procedentes de todos sus confines y que, merced a esta obra de ingeniería, eran capaces de atravesar los dominios de Darío en tres meses, un intervalo de tiempo realmente corto para la Antigüedad.⁴⁷ Tal era la calidad e idoneidad de los caminos del Imperio persa, que el muy posterior estado romano se sirvió de sus cimientos cuando conquistó la península de Anatolia cinco siglos después.

Ideología y religión persas en los albores de la Época Clásica

El Rey de Reyes era el punto en común de todos los pueblos que integraban el vasto poder persa y la figura que personificaba el interés colectivo de las provincias o satrapías de sus dominios. Esta imagen del soberano necesitaba ser convenientemente legitimada, más aún tras el ascenso al trono del (quizá) usurpador Darío I, quien, consciente de este menester, dedicó el correspondiente esfuerzo a vincular su reinado con los deseos divinos de Ahura Mazda, la deidad que aparece en las fuentes primarias como verdadera dueña del imperio y que se asocia tradicionalmente con el culto mazdeísta o zoroastriano. El rey Darío aparece relacionado en varias ocasiones con esta divinidad en la monumental Inscripción de Behistún con la que quiso también justificar su acceso a la corona persa:

Y Darío el rey dice: gracias a Ahura Mazda yo ejercí la realeza; Ahura Mazda me concedió la realeza.⁴⁸

Sabemos también que Ahura Mazda no era el representante de una religión monoteísta, sino que ejercía una presunta superioridad sobre una serie de deidades menores de un panteón poco conocido:

Y Darío el rey dice: por este motivo Ahura Mazda, el dios de los arios, me prestó ayuda, y también los otros dioses, porque yo no fui infiel, ni fui mentiroso, ni violento, ni yo ni mi estirpe.⁴⁹

De esta manera, el rey de Persia se presentaba como elegido por la divinidad para desempeñar su soberanía sobre los pueblos de su imperio. Formaba parte del plan divino de Ahura Mazda para mantener el equilibrio mundial y, en este sentido, debía ser respetado y venerado.⁵⁰

Parece que Darío no fue el primer monarca persa practicante de una religión que podríamos considerar un arcaico zoroastrianismo, aunque sí pudo ser pionero en cuanto a su utilización como legitimadora de la monarquía que representaba. El credo seguido por sus predecesores es motivo de debate entre la historiografía actual y a tal efecto no faltan quienes apuntan a una hipotética fe zoroastriana de Ciro el Grande, motivados por una aparente propaganda persa que asegura que el ejército de Astiages que causó defección y se unió a la causa del fundador del imperio lo hizo porque así se aseguraba el triunfo de la fe de Zoroastro.⁵¹ Asimismo, la onomástica de buena parte de los miembros de la familia real de Ciro parece aludir a personajes conectados con esta confesión mazdeísta. Por el contrario, las pruebas que desmienten la adhesión de Ciro a estos ritos son también de peso: su conocida magnanimidad hacia la religión de las poblaciones sometidas no parecía ir en consonancia con los designios de Ahura Mazda. El cilindro de Ciro, además, nos muestra al soberano persa reconociendo en Babilonia el apoyo del dios local Marduk, cuyo gran templo contribuyó a restaurar tras la conquista de la ciudad. Otros documentos babilonios describen al Gran Rey atribuyendo sus triunfos al dios de la luna o a los dioses de Uruk, y existen fuentes que incluso afirman el respaldo brindado por Ciro a los sacerdotes de cierto santuario minoasiático de Apolo que habría emitido un oráculo favorable a sus intereses. Tal conducta, como es obvio, no se corresponde con la convicción en Ahura Mazda como dios y creador del mundo. Habría que tener en cuenta, a pesar de todo esto, la lógica incapacidad de Ciro para imponer sus propias creencias sobre los pueblos conquistados, muchos de ellos con una propia y antiquísima religión.⁵²

Menos aún es lo que sabemos sobre la fe seguida por su sucesor, Cambises II. El erudito griego del siglo II Flavio Arriano sugiere que este rey instituyó las ofrendas regulares en la tumba de Ciro, costumbre que acabaría arraigando y que se mantendría hasta la época de Alejandro.⁵³ Semejantes sacrificios no estaban relacionados con el zoroastrismo, ya que, según este autor, incluían el ofrecimiento de ovejas. Por su parte, Heródoto, fiel a su hostilidad hacia el Gran Rey que conquistó Egipto para el imperio, describe cómo Cambises cometió prácticas incestuosas al desposarse con una de sus hermanas carnales para, más tarde, contraer matrimonio con otra. El halicarnasio llega a asegurar que el monarca asesinó a una de sus hermanas,⁵⁴ a pesar de que el zoroastrismo, como religión, no contempla la posibilidad de una unión conyugal entre hermanos, ni tan siquiera entre familiares más lejanos.

Por lo tanto, no podemos garantizar que el zoroastrismo se pudiera perfilar como religión oficial del estado persa o de su monarquía hasta la llegada al trono de Darío I, quien podría haber impuesto este culto como respuesta a la necesidad de fundamentar su permanencia en el poder. Pero ¿en qué consistía exactamente esta religión? Aún vigente en zonas de Asia y el subcontinente indio, el zoroastrismo tiene su origen en el segundo milenio a. C. y proclama seguir las enseñanzas del profeta Zoroastro (o Zarathustra), plasmadas en una colección de textos sagrados conocida como Avesta que se apoya en la igualdad de todos los seguidores de la fe, independientemente de su raza o su sexo; en un ecologismo basado en el respeto a los animales; en la importancia del trabajo como medio para alcanzar la virtud y en la lealtad hacia la comunidad. El pueblo persa, de cuya religión, a diferencia de la mostrada por sus gobernantes, sabemos especialmente poco, sí pareció imbuirse progresivamente de los ritos propios del zoroastrismo y fue adoptando unas particulares convenciones en su relación con la religión que Heródoto nos describe:

Sé de los persas que tienen las costumbres siguientes. Entre ellos no es habitual erigir ni levantar templos, ni altares ni imágenes de dioses, antes bien, reprochan como necedad a los que lo hacen, porque no creen, a mi parecer, que los dioses sean de naturaleza humana, que es

lo que creen los griegos. Acostumbran a escalar los picos de los montes para ofrecer sacrificios a Zeus, pero aplican este apelativo a toda la corte celestial. Ofrecen sacrificios al sol, a la luna, a la tierra, al fuego, al agua y a los vientos. Ya desde tiempo inmemorial ofrecen sacrificios solo a estos, pero también han aprendido a ofrecerlos a Urania, lo cual han asimilado de los asirios y de los árabes. Los asirios llaman Milita a Afrodita, y los árabes la llaman Alilat; la llaman Mitra.⁵⁵